



**AMA A LAS
PERSONAS
UTILIZA
LAS COSAS**

... porque **al revés** jamás funciona

LOS MINIMALISTAS

Joshua Fields Millburn
y Ryan Nicodemus

**Joshua Fields Millburn
y Ryan Nicodemus
LOS MINIMALISTAS**

**Ama a las personas,
utiliza las cosas**

... porque al revés jamás funciona

Traducción del inglés de Fina Marfà

editorial **K**airós

El primer día o un día más. Depende de ti.

Este libro es una obra de no ficción. Todas las personas y entidades que aparecen son reales y todo lo que se describe ocurrió en la realidad, pero a veces los dos autores han tenido que hacer retoques (diálogos concretos, fechas precisas, los diferentes colores del cielo). Hemos cambiado nombres y detalles identificativos para evitar que algunas personas se molesten. Y es casi seguro que a los autores del libro les falla la memoria al recordar ciertos incidentes, pero han hecho todo lo posible para exponerlos con precisión tal como ocurrieron.

Título original: LOVE PEOPLE, USE THINGS

© 2021 Joshua Fields Millburn y Ryan Nicodemus
All rights reserved

© de la edición en castellano:
2021 Editorial Kairós, S.A.
www.editorialkairos.com

© de la traducción del inglés al castellano: Fina Marfà
Corrección de: Alicia Conde

Composición: Pablo Barrio

Diseño cubierta: Editorial Kairós

Primera edición en papel: Octubre 2021

Primera edición en digital: Octubre 2021

ISBN papel: 978-84-9988-912-2

ISBN epub: 978-84-9988-944-3

ISBN kindle: 978-84-9988-945-0

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

Sumario

Prefacio: Preparación para la pandemia

Introducción a vivir con menos

Relación 1. Las cosas

Relación 2. La verdad

Relación 3. Yo

Relación 4. Los valores

Relación 5. El dinero

Relación 6. La creatividad

Relación 7. Las personas

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Hoja de trabajo de valores

Club del libro

Notas de la traductora

Para Rebecca y Mariah

«Recordad que tenéis que amar a las personas y utilizar las cosas, no amar las cosas y utilizar a las personas.»

Arzobispo Fulton J. Sheen, *c.* 1925

«Ojalá que aprendieseis a amar a las personas y utilizar las cosas, no al contrario.»

Drake, 2013

Prefacio

Preparación para la pandemia

Hombres uniformados empuñando titánicos rifles de asalto han irrumpido en las calles. Con sus megáfonos nos ordenan cerrar las puertas y quedarnos en casa. En lo alto, desde los intercomunicadores de los helicópteros militares suena fuerte *Stayin' Alive* de los Bee Gees, la banda sonora del nuevo futuro distópico. Dos disparos seguidos. ¡Bang! ¡Bang! Me despierto de golpe y veo a mi esposa en la cama junto a mí y a nuestra hija en su habitación, ambas duermen. Entro en la sala de estar, subo una persiana. Miro las calles de mi barrio. Los Ángeles. Medianoche. Paseos vacíos. Llovizna bajo las farolas. No hay señales de la ley marcial. Solo se ve una camioneta parada al pie de la colina. Suelto un profundo suspiro. Solo era una pesadilla, por suerte. Pero el mundo en el que me he despertado, el llamado mundo real, es notoriamente diferente del que habité durante las primeras cuatro décadas de mi vida, no es que sea posapocalíptico, pero tampoco es normal.

Colas serpenteantes avanzan lentamente por los pasillos de las cajas de los supermercados. Las ventanas cegadas ocultan los escaparates vacíos de Rodeo Drive. Un silencio devastador cubre las salas de cine desiertas galvanizadas por el polvo y la oscuridad. La gente, que mantiene una

distancia de dos metros entre sí, se agrupa frente a bancos de alimentos con estantes vacíos. Familias angustiadas se enfrentan a estar juntas en soledad y se «confinan en casa». Los hospitales revientan y muestran enfermeras y médicos agotados cuyas expresiones lívidas solo están ocultas por las máscaras que ellos mismos se han fabricado en casa. Cuando terminé de escribir el último capítulo de este libro, en la primavera de 2020, la pandemia de la COVID-19 se apoderaba del mundo.

Nuestra «nueva normalidad» es tremendamente anormal. Con los terrores hermanos de la incertidumbre económica y física, una corriente subterránea de angustia sigue latiendo a través de nuestros días. Pero acaso haya una manera de encontrar la calma, e incluso de progresar, en medio del caos.

No lo sabía al comenzar este proyecto, pero mientras guardaba cuarentena en casa durante la pandemia me di cuenta de que Ryan Nicodemus, la otra mitad de Los Minimalistas, y yo habíamos pasado los últimos dos años escribiendo no solo un libro sobre relaciones sino, en muchos sentidos, un manual de preparación para una pandemia. Si hubiéramos podido poner este libro en manos de las personas con dificultades –las que tienen deudas, las que tienen prioridades que no concuerdan con sus valores, las consumidas por el consumo– antes de que se propagara el virus, habríamos evitado mucha angustia, porque vivir intencionalmente es la mejor manera de prepararse. Cuando nos distanciamos un poco, es fácil ver que los que

se llaman preparacionistas -la vergüenza de los acaparadores que vemos en las pantallas del televisor- son los que están menos preparados para afrontar una crisis. No se puede intercambiar maíz enlatado y municiones por el apoyo y la confianza de una comunidad basada en el amor. Sin embargo, podemos sobrevivir si tenemos menos necesidades, y podemos progresar, incluso en medio de una crisis, si nuestras relaciones mejoran.

Las pandemias tienen una forma engañosa de poner las cosas en perspectiva. Fue necesaria una catástrofe para que muchas personas entendieran que una economía basada en un crecimiento exponencial no es una economía sana, es una economía vulnerable. Si una economía se hunde cuando la gente compra solo lo esencial, significa que nunca fue tan fuerte como pensábamos.

El movimiento minimalista descrito en este libro se hizo popular en internet por primera vez después de la crisis de 2008. La gente anhelaba una solución a su problema recién descubierto de la deuda y el consumo excesivo. Lástima, porque durante los últimos doce años nos hemos vuelto a acomodar demasiado otra vez. Pero ahora el enemigo no es solo el consumismo, es la decadencia y la distracción, tanto material como no material.

En medio del pánico causado por la pandemia, he visto a muchas personas enfrentarse a la pregunta que Ryan y yo hace más de diez años que intentamos responder: *¿Qué es esencial?* Por supuesto, la respuesta es muy personal.

Demasiado a menudo confundimos las cosas esenciales con las cosas no esenciales y las cosas innecesarias.^a

En una situación de emergencia, no solo debemos echar por la borda las cosas innecesarias, sino que muchos de nosotros nos vemos obligados a privarnos temporalmente de lo que no es esencial, todo eso que añade valor a nuestra vida en tiempos normales, pero que no es necesario en una emergencia. Si somos capaces de hacer esto, descubriremos lo que es verdaderamente esencial, y luego, finalmente, podremos reintroducir poco a poco lo que no es esencial, de manera que mejore y enriquezca nuestra vida, pero sin abarrotarla de chismes innecesarios.

Para complicar más las cosas, lo «esencial» cambia a medida que cambiamos nosotros. Lo que era esencial hace cinco años, o incluso hace cinco días, puede que ahora no lo sea, por lo que continuamente tenemos que cuestionar, ajustar, desprendernos de cosas. Esto es así sobre todo durante una crisis, donde una semana nos parece un mes; un mes, toda la vida.

Atrapada en sus hogares, la gente se ha enfrentado al hecho de que sus posesiones materiales son menos importantes de lo que pensaban en un principio. La verdad nos ha cercado por todas partes. Todo eso que acumula polvo -trofeos de béisbol de la escuela secundaria, libros de texto universitarios y batidoras de cocina estropeadas- resulta que no es tan importante como las personas. La pandemia ha magnificado esta realidad y nos ha dado una lección crucial: las cosas tienden a obstaculizar el camino

de lo que es verdaderamente esencial: las relaciones. Las relaciones humanas desaparecen de nuestra vida y no se pueden comprar, solo se pueden cultivar. Para ello, tenemos que simplificar, empezando por los objetos y siguiendo por todos los ámbitos de nuestra vida. Este libro ha sido escrito para ayudar a las personas normales como usted y como yo a enfrentarse a la confusión externa antes de mirar hacia adentro y abordar la confusión mental, emocional, psicológica, espiritual, económica, creativa, tecnológica y relacional que nos abrumba y que entorpece nuestra relación con los demás.

Si usted ha seguido a Los Minimalistas durante cierto tiempo, reconocerá fragmentos de nuestra historia en «Introducción a vivir con menos» (muerte, divorcio, una Fiesta del Embalaje). Pero estos aspectos no van dirigidos solamente a los lectores nuevos. En este libro profundizamos más en los conflictos, las inseguridades, el abuso de sustancias, la adicción, la infidelidad, el fanatismo, la angustia y el dolor, que fueron los catalizadores de un cambio definitivo en nuestra vida. Después de haber puesto esos detalles sobre la mesa, nos adentramos en nuevos territorios a medida que navegamos por las siete relaciones esenciales que nos hacen ser quienes somos.

No se escribió este libro para una situación de pandemia, es una guía para la vida diaria. La pandemia no ha hecho más que agravar nuestros problemas cotidianos y los ha vuelto aún más urgentes. Debido a la última crisis

económica y a la búsqueda renovada de sentido, nuestra sociedad tendrá que enfrentarse a algunas realidades esenciales en un futuro no muy lejano. Se han impuesto muchas normas nuevas; otras seguirán imponiéndose a medida que pase el tiempo. Algunos de nosotros intentaremos aferrarnos al pasado, para «volver a la normalidad», pero eso es como tratar de sostener un trozo de hielo en las manos: al derretirse, desaparece. Me han preguntado: «¿Cuándo veremos dar un giro a esta situación?». Pero «dar un giro» presupone que deberíamos volver al pasado, a lo que era «normal», pero que no funcionaba para la mayoría de las personas, al menos no de una manera significativa. Aunque ignoro lo que nos depara el futuro, espero que salgamos de esta incertidumbre y que lo normal sea algo *nuevo*, que lo normal se base en la intencionalidad y la comunidad, y no en la «confianza del consumidor».

Para lograrlo, tenemos que volver a simplificar.

Debemos despejar el camino si queremos avanzar.

Tenemos que encontrar la esperanza más allá del horizonte.

En plena crisis del coronavirus, tuve una conversación con uno de mis mentores personales, un empresario llamado Karl Weidner, que me enseñó los caracteres que forman la palabra china para «crisis», *weiji*, que significa «peligro» (*wei*) y «oportunidad» (*ji*), respectivamente. Si bien los lingüistas debaten sobre si el carácter de *ji*

realmente significa «oportunidad», la analogía sigue siendo apropiada: existe una crisis allí donde se cruzan el peligro y la oportunidad.

Con el tiempo, indudablemente habrá más crisis. Incluso ahora, mientras escribo esto, persiste en la atmósfera una mayor sensación de peligro. Pero la oportunidad también está en el aire. Rodeados de peligro, tenemos la oportunidad, como dice mi amigo Joshua Becker, de «aprovechar estos días para reevaluarlo todo».

Quizás esta haya sido nuestra señal de alarma. No desperdiciemos esta oportunidad de reevaluarlo todo, de desasirnos de las cosas, de empezar de nuevo. El mejor momento para simplificar fue hace diez años; el segundo mejor momento es ahora.

Joshua Fields Millburn

Introducción a vivir con menos

Nuestras posesiones materiales son una manifestación física de nuestra vida interior. Eche un vistazo a su alrededor: angustia, dolor, inquietud, bien visibles en nuestro propio hogar. Las casas estadounidenses contienen un media de más de 300.000 cosas.¹ Con todas esas cosas, cabría pensar que estamos rebosantes de felicidad.² Sin embargo, un estudio tras otro demuestran lo contrario: estamos ansiosos, abrumados y abatidos. Más infelices que nunca, nos apaciguamos acumulando todavía más, ignorando el coste real de nuestro consumo.

La etiqueta del precio que cuelga de cada nuevo artilugio nos cuenta solo una fracción de la historia. El verdadero coste va mucho más allá de su precio. Está el coste de almacenar la cosa, mantener la cosa, limpiar la cosa, regar la cosa, cargar la cosa, complementar la cosa, repostar la cosa, cambiar el aceite a la cosa, reemplazar las pilas a la cosa, arreglar la cosa, repintar la cosa, cuidar la cosa, proteger la cosa. Y, por supuesto, una vez terminado todo esto, reemplazar la cosa. (Por no hablar del coste emocional y psicológico que implican nuestras cosas, que son aún más difíciles de cuantificar.) Si lo sumamos todo, el coste real de poseer algo es inconmensurable. Así que es mejor escoger cuidadosamente qué cosas introducimos en

nuestra vida, porque no nos podemos permitir *todas las cosas*.

En serio, no podemos permitirnoslo, literal y figurativamente. Pero en lugar de aplazar la satisfacción y resistir temporalmente la tentación de poseer de la cosa, nos endeudamos. El americano medio lleva aproximadamente tres tarjetas de crédito en la cartera.³ Uno de cada diez tiene más de diez tarjetas de crédito activas. Y la media de la deuda de las tarjetas de crédito es de más de 16.000 dólares.⁴

Peor todavía. Incluso antes de la pandemia de 2020, más del 80% de los estadounidenses estábamos endeudados,⁵ y la deuda total de los consumidores en Estados Unidos superaba los 14 billones de dólares.⁶ Bien, al menos tenemos algunas explicaciones plausibles, aunque lamentables: gastamos más en zapatos, joyas y relojes que en educación superior.⁷ Nuestras casas, en constante ampliación -han más que duplicado su tamaño en los últimos cincuenta años-,⁸ contienen más televisores que personas.⁹ Cada estadounidense, de promedio, tira 36 kilos de ropa todos los años, aunque el 95% de esta podría reutilizarse o reciclarse.¹⁰ Y nuestras comunidades disponen de más centros comerciales que institutos de secundaria.¹¹

Hablando de escuelas secundarias, ¿sabía usted que el 93% de los adolescentes considera las compras como su pasatiempo favorito?¹² ¿*Ir de compras* es un pasatiempo? Eso parece, ya que gastamos 1,2 billones de dólares cada

año en bienes no esenciales.¹³ Para que quede claro, eso significa que gastamos más de un billón de dólares al año en cosas que no necesitamos.

¿Sabe cuánto tiempo se tarda en gastar *un billón* de dólares? Si usted saliera y gastara un dólar cada segundo – un dólar, dos dólares, tres dólares– necesitaría más de 95.000 años en gastar un billón de dólares. De hecho, si hubiera gastado un millón de dólares todos los días desde el nacimiento de Buda, todavía no habría gastado un billón de dólares a día de hoy.

Con todo este gasto, ¿nos extraña que aproximadamente en la mitad de los hogares de Estados Unidos no se ahorre ni un céntimo? Resulta que más del 50% de la población no tiene suficiente dinero disponible para cubrir ni siquiera un mes de pérdidas en ingresos;¹⁴ el 62% no tiene 1.000 dólares ahorrados;¹⁵ y casi la mitad no podría reunir 400 dólares para una emergencia.¹⁶ Este no es simplemente un problema de ingresos, es un problema de gastos que afecta no solo a las personas con ingresos bajos, sino también a las personas con sueldos de seis cifras: casi el 25% de los hogares que ingresan entre 100.000 y 150.000 dólares al año dicen que les resultaría difícil reunir 2.000 dólares extras en un mes.¹⁷ Toda esta deuda es especialmente aterradora cuando sabemos que el 60% de los hogares experimentará un «*shock* económico» en los próximos doce meses.¹⁸ Todo lo anterior era cierto incluso antes de la recesión económica de 2020; esa crisis no ha hecho más que poner de relieve el poco margen que tenemos.

Sin embargo, seguimos gastando, consumiendo, creciendo. El tamaño de una casa nueva se acerca de media rápidamente a los 280 metros cuadrados.¹⁹ Sin embargo, con todo ese espacio disponible, todavía hay más de 52.000 trasteros de almacenamiento en todo el país,²⁰ ¡cuadruplica con creces la cantidad de Starbucks!

Ni siquiera con casas más grandes y trasteros atiborrados de cosas tenemos suficiente espacio para aparcar el coche en el garaje,²¹ porque resulta que el garaje también está a tope de cosas: artículos deportivos que no usamos, equipos de ejercicio físico, material de camping, revistas, DVD, discos compactos, ropa vieja, aparatos electrónicos y muebles, cajas y cubos se amontonan desde el suelo hasta el techo, llenos de cosas que no utilizamos.

Ah, que no se nos olviden los juguetes de los niños. A pesar de que solo representan algo más del 3% de la población infantil mundial, los niños estadounidenses consumen el 40% de los juguetes del mundo.²² ¿Sabía que cada niño posee una media de más de 200 juguetes,²³ pero juega solo con 12 de esos juguetes cada día? No obstante, un estudio reciente ha demostrado lo que los padres ya saben: los niños que tienen demasiados juguetes se distraen con más facilidad²⁴ y no disfrutan de un tiempo de juego de calidad.

Como adultos, nosotros tenemos nuestros propios juguetes para distraernos, ¿no? Sin ninguna duda. Si todo el mundo consumiera como los estadounidenses,

necesitaríamos casi cinco Tierras para mantener nuestro consumo desenfrenado.²⁵ El dicho popular «las cosas que poseemos terminan poseyéndonos» hoy parece más cierto que nunca.

Pero no tiene por qué ser así.

Confusión existencial

Son muchas las cosas que una vez nos alegraron la vida, pero que en el mundo actual ya no sirven para nada: teléfonos de disco, disquetes, cámaras desechables, casetes, fax, reproductores de LaserDisc, buscapersonas, Palm Pilots, Chia Pets, muñecos Furby. La mayoría de nosotros nos aferramos a nuestros artilugios hasta bien entrada su obsolescencia, a menudo por un piadoso sentimiento de la nostalgia. Las señas de identidad del pasado tienen una extraña manera de dejar huellas de sus garras en el presente.

Así pues, resulta que nos agarramos en un abrazo mortal a la colección de VHS, al teléfono plegable que ya no usamos, a los enormes tejanos Bugle Boy, sin arreglarlos ni reciclarlos, sino almacenándolos junto al resto de tesoros intactos. A medida que nuestras colecciones crecen, los sótanos, los armarios y los trasteros se convierten en purgatorios saturados de un variopinto revoltijo de cosas que no utilizamos.

Muchas de nuestras cosas han caído en desuso, y tal vez esta falta de uso sea la señal definitiva de que debemos

desprendernos de ellas. Vemos que, a medida que cambian nuestras necesidades, deseos y tecnologías, también cambia el mundo que nos rodea. Los objetos que hoy aportan algún valor a nuestra vida puede que no aporten ninguno mañana, lo cual significa que hemos de estar dispuestos a desprendernos de todo, incluso de esas herramientas que hoy nos sirven para algo. Porque si nos deshacemos de ello, encontraremos un nuevo hogar temporal para nuestras pertenencias descuidadas y les daremos una nueva utilidad en la vida de otra persona, en lugar de dejarlas acumulando polvo en el mausoleo que nosotros mismos hemos creado.

En una línea de tiempo lo bastante larga, todo se vuelve obsoleto. Dentro de cien años, el mundo estará lleno de seres humanos nuevos y hará mucho tiempo que habrán abandonado los cables USB, los iPhones y los televisores de pantalla plana, dejando atrás el pasado para dejar espacio para el futuro. Esto significa que debemos tener cuidado con las posesiones materiales nuevas que introducimos en nuestra vida hoy. Y también tenemos que estar atentos a cuándo esas cosas se vuelven obsoletas, porque estar dispuestos a desprendernos de ellas es una de las virtudes más maduras de la vida.

Exploremos cómo hemos llegado aquí, y cómo podemos desprendernos de las cosas.

Demasiado

¿Cómo puede mejorar nuestra vida con menos? La vida simple comienza con esta pregunta. Lamentablemente, yo, Joshua Fields Millburn, tardé treinta años en hacerme esta pregunta.

Nací en Dayton, Ohio, cuna de la aviación, de la música *funk* y de las llantas doradas de cien radios. Y es posible que esté al corriente de que, de forma más reciente, Dayton es la capital de las sobredosis de Estados Unidos.²⁶ Visto con la perspectiva del tiempo resulta extraño, pero durante mi infancia no me di cuenta de que éramos pobres. La pobreza era como el oxígeno: me envolvía, pero no la veía. Simplemente, estaba... allí.

En 1981, cuando llegué al mundo en la Base de la Fuerza Aérea Wright-Patterson, mi padre, un hombre alto y robusto de cuarenta y dos años, de cabello plateado y cara de crío, era médico de las Fuerzas Aéreas. Mi madre, que en aquella época trabajaba como secretaria, tenía siete años menos que él, y era una mujer rubia, menuda, con esa voz ronca de quienes fuman, nacida al final de la generación silenciosa, unos meses antes de Nagasaki e Hiroshima.

Con esa foto, todo hacía pensar que tendría la infancia idílica y acomodada propia del Medio Oeste, ¿no le parece? Eso era a principios de los años ochenta y Dayton todavía estaba en el tramo final de su apogeo, antes de que el Medio Oeste industrial se convirtiera en el llamado cinturón de óxido, antes de que la fuga blanca paralizara la ciudad, antes de que la epidemia opiácea del condado de

Montgomery se propagara a ambos lados del Gran Río Miami. En aquel entonces, la gente llamaba a Dayton «Little Detroit» y lo decían como un cumplido. La fabricación estaba en auge, la mayoría de las familias tenían lo que necesitaban y la mayor parte de la gente encontraba sentido a su vida diaria.



Pero poco después de que yo naciera, mi padre se puso enfermo y todo empezó a desmoronarse. Papá tenía serios problemas de salud mental, esquizofrenia y trastorno bipolar, que se veían agravados por un consumo excesivo de alcohol. Antes de que yo empezara a andar, mi padre comenzó a mantener elaboradas conversaciones, e incluso relaciones completas, con personas que no existían en el mundo real. A medida que su mente giraba en espiral, se volvía más violento e impredecible. Mi primer recuerdo es el de mi padre apagando un cigarrillo en el pecho desnudo de mi madre en nuestra casa de Dayton, en Oregón. Yo tenía tres años.

Mamá y yo nos fuimos un año después de que comenzaran los abusos; ella empezó a beber casi al mismo tiempo. Nos fuimos a vivir veinte millas al sur, a las afueras de Dayton, no suena mal, ¿verdad? Un barrio a las afueras. Pero era todo lo contrario a lo ideal. Alquilamos un dúplex por 200 dólares al mes que literalmente se venía abajo. (Hoy, esa misma casa está tapiada, a punto de ser demolida.) Gatos y perros callejeros, licorerías e iglesias, drogas y alcohol y edificios en mal estado; no era un vecindario violento o peligroso, era simplemente pobre.



A medida que las cosas se fueron deteriorando aún más, el tema de la bebida de mamá empeoró. Durante gran parte de mi infancia, pensé que había billetes de dos colores: verdes y blancos. A veces mi madre vendía nuestros billetes blancos (en aquel momento yo no sabía que eran cupones de alimentos) por cincuenta centavos de dólar ya que solo podía comprar alcohol con los billetes verdes. Mamá ganaba el salario mínimo cuando conseguía un trabajo de jornada completa, pero era incapaz de mantener el trabajo durante un período de tiempo sustancial; cuando se ponía a beber y pillaba una borrachera, se pasaba días seguidos sin salir de nuestro húmedo apartamento de una sola

habitación, no comía, solo bebía mucho y fumaba sin parar echada en el sofá gris pardo lleno de manchas. Nuestra casa siempre despedía cierto olor de orina, de latas de cerveza vacías y de humo de cigarrillo rancio; todavía puedo olerlo.

Las cucarachas salían corriendo cada vez que encendía la luz de la cocina. Parecía que vinieran del apartamento del vecino. Era un hombre amable y solitario, un veterano de la Segunda Guerra Mundial de unos setenta años, que al parecer era propietario de tres o cuatro apartamentos y a quien no le importaban los insectos, quizás porque había visto cosas mucho peores o quizás porque le hacían compañía. Cada vez que mamá mataba una cucaracha con su zapatilla pronunciaba en voz baja el versículo 22 de san Mateo: «Ama a tu prójimo». Pero cuando bebía, muchas veces se convertía en «a la mierda el prójimo». Durante la mayor parte de mi infancia, pensé que eran dos pasajes bíblicos diferentes, una especie de contradicción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Mamá era una católica devota. De hecho, fue monja a los veintitantos años, antes de pasar a ser azafata, luego secretaria y, finalmente, madre a los treinta y pocos. Rezaba todos los días, varias veces, con el rosario colgando, hasta que en el pulgar derecho y en el índice manchado de nicotina se le formaban callos de tanto pasar las cuentas, pronunciando siempre los mismos padrenuestros y avemarías y la oración de la serenidad de Alcohólicos Anónimos, pidiendo a Dios que por favor le

quitara eso, que por favor la curara de su enfermedad, su ENFERMEDAD, por favor, Dios, por favor. Pero pese a todos los ruegos, la serenidad no se presentó.

Tendría que quitarme los zapatos para poder contar cuántas veces nos quedamos sin electricidad, lo que sucedía con mucha más frecuencia en nuestro piso que en el de nuestro vecino. Pero ningún problema, solo teníamos que tender un cable largo desde la puerta del vecino para tener la televisión encendida. Cuando se apagaban las luces en invierno y hacía demasiado frío para quedarnos en casa, mamá y yo celebrábamos «fiestas de pijamas» especiales en los domicilios de diferentes hombres. En casa, mamá dormía por las tardes mientras yo jugaba con G.I. Joes.^b Recuerdo guardar cuidadosamente cada muñeco en su caja de plástico muy organizada y metódicamente cada vez que terminaba de jugar, controlando lo único que podía controlar en mi desordenado mundo. Separaba a los buenos en una caja, a los malos en otra caja y las armas en una tercera. Y de vez en cuando algunos hombres cambiaban de grupo y pasaban de la caja de los malos a la de los buenos.

Las bolsas de la compra aparecían junto a la puerta de casa, muy cerca de donde faltaban tres tablas de madera en el suelo del desvencijado porche delantero. Mamá me decía que había rezado a san Antonio y que el santo había encontrado comida para nosotros. Había períodos prolongados en los que subsistíamos gracias a los productos que nos proveía el santo: mantequilla de

cacahuete, pan Wonder y productos envasados y azucarados como Pop-Tarts y Fruit Roll-Ups. Cuando tenía siete años, me caí en ese mismo porche medio podrido. Una de las tablas de madera cedió bajo el peso de mi regordete cuerpo preadolescente, y caí de bruces contra el cemento más de un metro más abajo. Hubo sangre y lágrimas y una especie de doble y extraño pánico: pánico por la sangre que brotaba de mi barbilla y pánico por mamá, que permanecía inmóvil en el sofá cuando entré corriendo en casa gritando, agitando los brazos, sin saber qué hacer. Tuve que caminar solo más de tres kilómetros para llegar al servicio de urgencias. Todavía hoy son visibles las cicatrices de esa caída.

Mi profesora de primer grado se refirió a mí en más de una ocasión como el «niño con llaves». Pero entonces yo no sabía qué significaba eso. La mayoría de los días después de la escuela volvía a casa caminando, abría la puerta y encontraba a mamá desmayada en el sofá, con un cigarrillo todavía encendido en el cenicero, cuya mitad era ceniza intacta hasta el filtro. Era como si ella nunca hubiera entendido el término «ama de casa».

Que no se me malinterprete. Mi madre era una mujer buena, cariñosa y con un gran corazón. Se preocupaba por los demás; me quería con locura. Y yo a ella. Todavía la quiero. La extraño más que a nada en el mundo, tanto que aparece regularmente en mis sueños. No era una mala persona; simplemente había perdido el sentido de su vida, y esa pérdida provocaba un descontento permanente.

Naturalmente, de niño, yo atribuía nuestra falta de felicidad a la falta de dinero. Si pudiera ganar dinero, mucho dinero, entonces sería feliz. No acabaría como mamá. Podría poseer todas las cosas que aportarían alegría eterna a mi vida. Así pues, cuando cumplí dieciocho años, me salté la universidad y opté por un puesto de trabajo básico en una empresa, y luego me pasé los siguientes diez años subiendo por la escalera empresarial. Reuniones a primera hora de la mañana y llamadas de ventas a última hora de la noche, y semanas laborales de ochenta horas, lo que hiciera falta para «tener éxito».

Cuando cumplí los veintiocho, había conseguido todo lo que mi yo de infancia soñaba: un sueldo de seis cifras, coches de lujo, armarios llenos de ropa de diseño, una casa grande en un barrio residencial con más baños que personas. Fui el director más joven en los 140 años de la historia de mi empresa, responsable de 150 tiendas minoristas en Ohio, Kentucky e Indiana. Y tenía todo lo necesario para llenar cada rincón de mi vida de consumidor. Visto desde la distancia, es fácil pensar que vivía el sueño americano.

Pero entonces, surgidos de la nada, dos acontecimientos me obligaron a preguntarme cuál era el objetivo de mi vida: en octubre de 2009 mi madre murió y se acabó mi matrimonio, ambos en el mismo mes.

Mientras me lo cuestionaba todo, me di cuenta de que estaba demasiado concentrado en lo que llamamos éxitos y logros y, sobre todo, en acumular cosas. Puede que hubiera

vivido el sueño americano, pero no era mi sueño. Tampoco había sido una pesadilla. Simplemente era una vida anodina. Por extraño que parezca, tuve que conseguir todo lo que creía que quería para darme cuenta de que tal vez todo lo que siempre quise en realidad no era lo que quería de verdad.

Ahogado bajo una montaña de cosas

Cuando yo tenía veintisiete años, mamá se mudó de Ohio a Florida para jubilarse acogiéndose al Seguro Social. A los pocos meses, descubrió que padecía un cáncer de pulmón en fase 4. Ese año pasé mucho tiempo con ella en Florida acompañándola en su lucha con los tratamientos de quimioterapia y radiación, viendo cómo se adelgazaba a medida que el cáncer se extendía y su memoria desaparecía, hasta que, más tarde ese mismo año, se fue.

Cuando mamá falleció, tuve que hacer una última visita a su casa, esta vez para ocuparme de sus cosas. Así que volé de Dayton a San Petersburgo, y, cuando llegué, me encontré con el diminuto apartamento de mamá, de un solo dormitorio, abarrotado con las posesiones de tres casas juntas.

No es que mi madre fuera una acaparadora compulsiva. En todo caso, con su buen ojo para la estética, podría haber sido una diseñadora de interiores maximalista. Pero tenía una gran cantidad de cosas: sesenta y cinco años acumulando. Menos del 5% de los estadounidenses están

diagnosticados como acumuladores compulsivos,²⁷ pero eso no significa que el otro 95% no consuma muchas cosas. Lo hacemos. Y nos aferramos a toda una vida de recuerdos almacenados. Sé con toda seguridad que mi madre era así, y por mi parte no tenía ni idea de qué hacer con nada de todo aquello.

Así que hice lo que haría cualquier buen hijo: llamé a U-Haul.

Por teléfono encargué el camión más grande que tuvieran. Necesitaba uno tan grande que tuve que esperar un día más hasta que el camión de ocho metros estuvo disponible. Mientras esperaba el camión de U-Haul, invité a un puñado de amistades de mamá para que me ayudaran a poner orden en todas sus cosas. Era demasiado para hacerlo solo.

La sala de estar estaba *abarrotada* de muebles enormes y cuadros antiguos y más tapetes de los que podía contar. La cocina estaba *abarrotada* de cientos de platos, tazas, cuencos y utensilios variopintos. El baño estaba *abarrotado* de tantos productos de higiene como para abrir un pequeño negocio de artículos de belleza. Y parecía que alguien dirigiera un hotel desde el armario de la ropa blanca, que estaba *abarrotado* de pilas de toallas de baño, trapos de cocina y toallas de playa, sábanas, mantas y edredones de diferentes colecciones. Ah, y espere que empiece con su dormitorio. ¿Por qué mamá tenía catorce abrigos de invierno embutidos en el armario? ¡Catorce! ¡Vivía a 700 metros de la playa! Basta decir que mamá tenía muchas